

El doctor Hidalgo Huerta, médico humanista

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

Aproximarse a la personalidad del eminente cirujano de fama mundial doctor Manuel Hidalgo Huerta, en la actualidad Profesor Emérito de la Universidad Complutense, es como acercarse a la fama de un gran científico en cuyas manos prodigiosas, dirigidas por una inteligencia de primera calidad, ha estado la vida o muerte de ininidad de personas que confiaron en el talento del gran cirujano. Como tal, el doctor Hidalgo Huerta es, ante todo, un genial investigador, un testigo directo de la esperanza del hombre cuando se ve sometido a una operación y sólo confía en la inteligencia, capacidad y sabiduría técnica de quien tiene la vida del prójimo en sus manos. El olvido general y una tendencia ya antigua a racionalizar las cosas después de ocurridas, a la luz de los desarrollos posteriores, ocurre con harta frecuencia en las exposiciones de los hechos que acontecieron varios años antes, pero cuando ya la situación no es la misma, precisamente, gracias a las investigaciones realizadas por quien experimentó, desde el principio, en el terreno de la práctica hospitalaria, en la mesa de operaciones, aquello que con posterioridad ha podido conducir a una teoría general de aplicación a síndromes degenerativos del organismo humano. Ocurre como en el campo de la Física teórica. En 1887, el físico norteamericano Albert Michelson, llevó a cabo un experimento para medir al velocidad de la Tierra respecto al éter del universo; el genial Albert Einstein, en una conferencia que pronunció en Pasadena (Estados Unidos), ante una gran cantidad de físicos y astrónomos, entre los cuales estaba Michelson, ya casi octogenario, dirigiéndose a Michelson, le dijo: «Usted honorable profesor Michelson, empezó esta obra cuando yo no era más que un muchacho de apenas metro y medio de estatura. Fue usted quien condujo a los físicos hacia nuevas sendas y con su maravillosa obra experimental asfaltó la vía para el desarrollo de la teoría de la relatividad... Sin su obra, esta teoría sería hoy en día poco más que una interesante especulación». Esta cita explica la importancia que en el terreno de una ciencia de amplísima tradición como es la Cirugía patológica, la experiencia —cuando más amplia, mucho mejor— se constituye en la base de la teoría científica. En este sentido, la experiencia quirúrgica del Dr. Hidalgo Huerta, ha quedado expuesta en libros, artí-

culos de revistas, simposios quirúrgicos, reuniones y congresos que, en el mundo entero, han supuesto importantes adelantos en el terreno de la Cirugía y, sobre todo, exposiciones de métodos operativos, de modo especial en el campo del aparato digestivo, que han situado el nombre y el prestigio del Dr. Hidalgo Huerta en el máximo de la ciencia quirúrgica.

No tengo autoridad suficiente para trazar siquiera un esquema del significado de estas aportaciones investigadoras basadas en la práctica directa de la operación. Me limito al trazado de este perfil. Quiero destacar aquí la condición entrañable de humanista del doctor Hidalgo Huerta, que en el campo del conocimiento histórico se ha revelado por su permanente inquietud de penetrar hasta lo más hondo posible el bistori de los significados en el campo del conocimiento de las humanidades, del ser de la identidad histórica. Viajero por todo el mundo, el doctor Hidalgo Huerta, ha escrito varios libros de gran entidad histórica. Uno referente a la América española, titulado *España, en Hispanoamérica*.

América, sentenció Ortega y Gasset, «es otro modo de ser español». Pero ser español, entiende el Dr. Hidalgo, es un honor histórico: América es la epopeya de la España de la acción y de la España del pensamiento, desde el siglo xvi hasta el siglo xviii. Altamente comprometido con la historia de España, Hidalgo hace en su libro, ante todo, una afirmación de España. Y aquí resulta obligado separarse de Ortega, cuando en su *Meditación del Quijote*, se pregunta «¡Dios mío! ¿Qué es España? ¿Qué somos en el espacio infinito?». Esto no puede preguntárselo el Dr. Hidalgo, porque en su viaje por la historia de España en América, se está planteando —como los humanistas españoles del siglo xvi— el ser de Hispanoamérica, es decir, la espiritualidad, la universalidad, la grandeza y el prestigio de una región en la que está vivo el espíritu de comunidad forjado por España y reforzado constantemente por la acción de los españoles. Hispanoamérica es, nos dice el eminente cirujano, la razón histórica de España, una polémica desgarrada, en el fondo de la cual late permanente un complejo de culpa y una fuerte pugna de sentimientos contradictorios. Hispanoamérica no es solamente naturaleza, sino, sobre todo y de modo relevante, afirmación del ser ontológico esencial capaz de afirmarse en la experiencia para, desde ella, promover la posibilidad. El profesor de Cirugía, sobrepasa, pues, los límites de la experiencia para ofrecer un cuadro vivo, interesante, atractivo de una realidad en la que un viajero, espectador y conferenciante, tiene oportunidad de establecer contactos científicos que se transforman en lazos fraternos de amistad, de unidad profunda, como los que marcaron las instituciones del siglo xvi y xvii, con la Corona a la cabeza, en la orientación y la afirmación de esa fecunda comunidad.

El humanismo de este inquieto viajero universal que ha llegado hasta el Polo Norte, vibra ante la arqueología histórica de la inquietante y misteriosa cultura, superviviente a la mayor tragedia vivida por la Humanidad unos diez mil años antes de Cristo, que estuvo representada por la colmatación de arenas que dio origen al desierto del Sahara, sepultando la brillante civilización neolítica cuyos habitantes se vieron obligados a huir hacia el Mediterráneo, el Atlántico y el río Nilo. Egipto, su cultura, su religión, su organización faraónica del poder ha producido en Europa, desde el Renacimiento, una auténtica «egiptomanía». Esa civilización misteriosa, promesa de acceso a la matriz misma de la cultura y a la tumba del tiempo, a lo original y lo oculto, a la infancia misma de la humanidad, atrajo el pensamiento del Dr. Hidalgo, que ya tiene escritos y publicados dos importantes libros sobre la materia. También el padre del Psicoanálisis, Sigmund Freud, se contagió de este enorme misterio. Desde 1906, su éxtasis intelectual sobre Egipto sobrepasó ampliamente el anterior sobre Roma. El gran médico vienés comenzó a crear biblioteca y colecciones con objetos del politeísmo religioso egipcio. En 1908 visitó Londres y lo que más le interesó fue la colección de antigüedades egipcias conservadas en el British Museum, e indujo a su nuevo discípulo Karl Abraham al estudio profundo de la cultura egipcia. Éste le sorprendió con un brillante estudio psicoanalítico de Amehotep IV, que será la figura central del libro de Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, donde se explora la relación entre los judíos y los gentiles, que es tanto historia judía como historia egipcia. Como historia judía, centrada en ideas entitradicionales: Moisés no fue un judío expósito, sino un egipcio de alta alcurnia; tras el éxodo, Moisés fue asesinado por el más primitivo de los judíos, al no poder soportar la severidad de su ley. Ambas ideas vinculan a judíos y gentiles: los primeros, culturalmente, con egipcios y, por analogía, con la crucifixión. Con ello Freud consiguió, en primer lugar, reivindicar al pueblo judío, al definirlo como el más alto portador del modelo de civilización del mundo antiguo, que es, precisamente Egipto.

Estas teorías freudianas, son desbaratadas por el estudio que en el año 2000 hace el doctor Hidalgo Huerta, que supera el campo histórico positivista, así como el psicologismo freudiano. Antes de su gran obra, *Eknaton, el faraón rebelde de Amarna*, escribió una verdadera introducción al problema profundo de la reforma religiosa con *El Egipto de los faraones*. Sigue el ejemplo del diplomático español Don Salvador de Madariaga que antes de escribir el tercer tomo de su trilogía americana —el dedicado a *Bolívar*— sintió la necesidad de una introducción que tituló *Cuadro histórico de las Indias*.

Realmente en estos dos libros se adquiere una nueva dimensión histórica, con un gran rigor y profundidad. Se puede *Pensar con la historia*, libro de Carl E. Schorke, profesor emérito de la Universidad de Princetown, o se puede, simplemente *Pensar la historia*, como ha explicado Jacques le Goff (Turín, 1977). Pero, desde luego, hay que convenir con el gran historiador francés Lucien Febvre que «no hay Historia, hay historiadores». El Dr. Hidalgo entra profundamente en el núcleo mayor de la historia egipcia y el tremendo problema de la reforma religiosa, que radica en la pareja real Iknaton-Nefertiti. Sobre esta etapa dice el egiptólogo Nicholas Reeves: «No se encontrarán nunca a dos egiptólogos que estén de acuerdo acerca de este período». Y Barry Kemp, de la Universidad de Cambridge, afirma: «Cuando empiezas a escribir sobre esas personas estás haciendo ficción».

El escalpelo crítico del doctor Hidalgo Huerta no duda un momento en entrar en el núcleo de esa etapa histórica y con una sorprendente claridad alcanza los más profundos problemas sobre la historia-realidad, desde el conocimiento de la historia-conocimiento; en otros términos, las relaciones entre la historia vivida y el esfuerzo por describir, pensar y comprender esa realidad; la relación de la historia con el tiempo y la duración; la dialéctica histórica, constituida por la atribución de valores, que conduce, en definitiva, hasta estar en disposición de responder a la grave cuestión del sentido de la historia; la vinculación de la historia con la religión y los saberes de los fines últimos, es decir, la escatología; la distinción entre duraciones históricas diferentes y, en fin, la importante cuestión acerca de qué hay que hacer, ¿la historia del hombre o la historia de los hombres?

Sin caer en los sorprendentes enunciados trágicos de Sigmund Freud, discurre por caminos que muchos de los que se llaman historiadores ignoran por completo, para ofrecernos un cuadro comprensivo, racional, inteligente y brillante de lo que el egiptólogo Pierre Montet, uno de los más grandes del mundo, llamó *Egipto eterno*. Creo que puede afirmarse que no existe libro tan bellamente escrito, tan lleno de sugerencias, sin ninguna ampulosidad, en páginas escritas con calor y pasión, pero sobre todo, con un serio entramado intelectual, a través del cual podemos encontrar la razón histórica y la razón cultural, que el libro escrito por el Dr. Hidalgo Huerta, gran humanista y eminente historiador, que hay que sumar a su faceta científica, médica e intelectual.

No quiero dejar de citar su magnífico libro *Tango. Melodía y canción impercederas*, que es la manifestación más genuina de una profundización en el

alma de la Argentina, pero también de la polémica, tan exaltada como la que se produjo entre estas dos grandes figuras de Borges y Ernesto Sábato, opuestos desde su nacimiento y desde su obra. El tango es una canción genuinamente de importación, centrado en Buenos Aires, hasta entroncarse en la mentalidad bonaerense y extenderse por la inmensidad de la nación argentina, hasta constituir —en distintas etapas históricas— los fundamentos de la mentalidad nacional, al menos en su contemplación desde el exterior. Hacía mucha falta una historia objetiva de esta melodía, que el doctor Hidalgo estudia con idéntica racionalidad de quien habla algo que considera propio o, en todo caso, patrimonio de la Humanidad.

Admiro profundamente al doctor Hidalgo Huerta, desde mi entidad fundamental de historiador que, como él, ama profundamente a España y que, como tal, me siento profundamente honrado con su amistad que es, por mi parte, fraternal, sincera, profunda y honrada. Un gran cirujano y un gran humanista, que es también un ejemplar esposo, padre amantísimo y amigo entrañable, adornado con los más altos dones humanos y, en fin, inteligente y perspicaz historiador que confirma mi teoría acerca de la condición humanística de la Medicina que, en el caso de la Cirugía, pone al cirujano constantemente en presencia de la muerte, sin que nunca deje de utilizar cuantos recursos le ha dado la ciencia y la experiencia, para mantener la vida.